

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO XI

✻

BARCELONA 31 DE MAYO DE 1900

✻

NÚM. 497

NUESTRAS «POBRES CHICAS»



—¡Ya me han cogido ustedes *in-freganti!*...



COMEDIA EN DOS ACTOS

RECONCILIACIÓN

Personajes los mismos; la propia escena del acto primero y casi á igual hora: sólo que la chimenea está apagada, y es Clara quien espera impaciente y quien imprime un movimiento nervioso en el llamador.

CLARA (*al criado*).—¿No está el señorito en sus habitaciones?

CRIADO.—Acaba de entrar y ruega á la señora que le dispense, porque comerá fuera de casa.

CLARA.—Está bien... Espere: dígame que antes de salir deseo hablarle. Avise que me sirvan la cena.

Pausa larga durante la cual la señora de Rutz pasea agitadamente por el comedor, deteniéndose á ratos frente á los cristales de un balconcillo en que refleja la luz, donde se mira, pasándose las manos por los cabellos, y arreglando las arrugas de los hombros.

GERMÁN (*desde la puerta*).—Aquí estoy. ¿Qué se te ocurre? Te ruego que abrevies, porque tengo los minutos contados. (*Consultando el reloj.*) Las nueve menos cuarto; á las nueve en punto he de estar...

CLARA (*en actitud de dirigirse á su marido y con acento suplicante*).—¡Germán... cena aquí!

GERMÁN.—Quisiera complacerte, pero es imposible. Tengo mi palabra empeñada y... la palabra de un hombre vale más que la de una mujer.

CLARA (*con tristeza reflexiva*).—Sí... En ocasiones sí... ¿qué digo en ocasiones? Siempre. Pero... perdóname si insisto: ¡hace tanto tiempo que no comemos juntos!

GERMÁN.—Las relaciones con la gente... los compromisos sociales... las...

CLARA.—Las... los... ¿te parece que no estoy aún bien castigada?

GERMÁN.—¿Castigada? ¡Qué tonterías dices! Yo no soy juez.

CLARA.—Sí lo eres ¿y hasta qué punto? inexorable.

GERMÁN.—Estás en un error. En todo caso el juez será tu conciencia. Lo que pasa entre nosotros no puede ser más sencillo. Antes

vivía yo para tí, para el hogar tranquilo y amoroso, dentro de cuyas paredes se me figuraba que cabía el mundo, porque dentro de ellas encerraba mi pensamiento loco la felicidad. Tú te ahogabas en tan reducido ambiente. Vivías para los otros, y no vivías para mí. Es más: me sacrificaste á los extraños... Nó, si no te acuso; me diste una lección á tiempo, enseñándome que la vida no puede encerrarse dentro del puño. Yo había desertado de la Sociedad al darte mi mano, y siguiendo tu ejemplo, volví á ella.

CLARA.—Es cierto: mi deber consistía en retenerte, en evitar que echases de menos la libertad perdida, disputando todo ocio al amor... pero ¡cómo te vengas!

GERMÁN.—¿Vengarme? ¡Hija, por Dios! (*Consultando el reloj nuevamente.*) Dispénsame... no puedo esperar más... de aquí al Círculo hay en coche más de cinco minutos, y no me gusta llegar tarde...

CLARA.—No vas al Círculo.

GERMÁN (*con calma*).—¿Cómo que nó?

CLARA (*sonriendo melancólicamente*).—No vas al Círculo, y donde te esperan no te echarán en cara que tardes; se impacientarán, sí, pero ¿qué importa? (*Suplicante, casi con voz de sollozos.*) Mira, Germán: hace seis meses que no salgo á la calle; no voy á teatros, ni á paseos... ni á visitas; procuro convencerte de que aquella locura pasó; y no tengo más ilusión ni más deseo que vivir para ti... que poseerte... y tú... tú te escapabas como un fantasma vano. Ya no puedo más, sé noble, sé piadoso, y sobre todo no salgas esta noche... sacríficame la velada.

GERMÁN.—¿Y mi palabra? ¿Qué dirán los amigos? Se reirán á mi costa; me convertirán en blanco de sus epigramas. Después ¡será tan fastidioso y tan aburrido para ti y para mí este idilio romántico!

CLARA.—¡Germán, por Dios, no abuses!

GERMÁN.—En fin, amiga mía, te pago en la misma moneda; recuerda que seis meses atrás te rogaba yo inútilmente que no comieras con la señorita de Clavy.

CLARA.—¡Ay, sí! Pero yo era menos cruel; yo vivía engañada, viciada por las costumbres

y los prejuicios sociales, y sin embargo, no te hacía traición.

GERMÁN (*encogiéndose de hombros*).—Yo tampoco. ¿Acaso te figuras...?

CLARA.—No me figuro, lo sé positivamente.

GERMÁN (*dejando el sombrero y los guantes sobre una silla*).—¿Qué sabes? Mejor dicho, ¿qué supones?

CLARA.—Han traído una carta para ti.

GERMÁN.—¡Hola! ¿Y dónde está? ¿Cómo no se me ha entregado? ¿De cuándo acá se fiscaliza mi correspondencia?

CLARA.—Desde que tengo celos, Germán.

GERMÁN.—¿Celos? ¡Vaya una ridiculez! En fin, venga esa carta.

CLARA.—Te la daré; pero ten entendido que la he abierto yo, que la leí, que por ella sé dónde cenas y qué persona te aguarda. La señorita de Clavy, la misma, ¡oh dolor!

GERMÁN.—Es un abuso de confianza que te perdono, pero procura no reincidir.

CLARA.—¡Germán, no te vayas!

GERMÁN.—Entre nosotros está todo lazo roto; lo rompiste tú. Me sacrificaste... sacrificaste mi amor, mis esperanzas, mis ensueños á la señorita de Clavy, y yo no paré hasta conseguir la amistad y el cariño que tú me negabas de la misma persona para sacrificarte á ella. Estamos en paz.

CLARA.—Nó, puesto que yo no he buscado cariño ni amistad en ningún hombre, y ahora estás completamente vengado puesto que busco lo uno y lo otro en ti.

GERMÁN.—No es arrepentimiento, no es virtud. Es tu orgullo herido, tu vanidad humillada lo que hace que me tiendas los brazos. No me quieres á mí; deseas levantarte sobre la ruina de tu rival.

CLARA (*arrojándose sobre un sillón y sollozando*).—¡Qué cruel eres!

GERMÁN.—Más lo fuiste tú.

CLARA.—¡Oh, porque era ignorante, necia, mal... mal criada! Bien lo he pagado, y te juro que no resistiré tu desvío... me mataré, me volveré loca.

GERMÁN.—Romanticismo puro.

CLARA (*levantándose y echándose en sus brazos*).—Germán mío, te amo, perdóname.

GERMÁN (*oyendo que un reloj da horas*).—¡Las nueve!

CLARA.—Las nueve... ¡no salgas! Ya no te espera. Tampoco me esperaba á mí aquella noche. La señorita de Clavy no tiene corazón.

GERMÁN.—¿Y tú sí?

CLARA.—Yo sí.

GERMÁN.—Bueno, seamos indulgentes; probemos, veamos si aun he llegado á tiempo para hacerte á mi semejanza y para que la dicha descienda hasta este hogar frío.

CLARA.—Ordena. Seré tu esclava.

GERMÁN (*dándole un beso*).—Nó, me contento con que seas mi esposa.

CLARA (*á la doncella que entra con la sopa humeante*).—Dos cubiertos.

GUILLERMINA STOCK



—El director me dice que mis registros altos son débiles. Los altos, bueno; pero ¿y los bajos?

MIS MUJERES

LA GITANA

VI



La diligencia había llegado al término de su viaje: á mí aun me quedaban varias leguas por recorrer, caballero en rucio ó rocín, hasta un pueblecillo de la sierra próxima, que recortaba la llanura con su lejanía azul. Aplacé la excursión hasta el día siguiente, con secreta esperanza de quedarme en la ciudad por tiempo indefinido. Tanto, que al preguntarme Ruperto como de costumbre para qué hora quería que me preparase el caballo y estuviera pronto el espolique, repuse con pueril viveza:

—No te ocupes de eso; tengo varios asuntos en la ciudad, y no sé cuando estaré listo. Yo mismo arreglaré la cosa.

Sonrió el rústico socarronamente.

—¡Ajo! Es usted de buena casta... tiene el olfato fino...

—Y tú lengua de escorpión. ¿Cuándo dejarás de ser bruto?

Le dí un tirón de orejas y una propina, porque se obstinó en no cobrar ni el gasto de la venta ni el pasaje de la Gitana.

—Deje usted, señorito, que la obsequie á mi modo: ¡cuando pienso que estuve á punto de destruir esa bendición de Dios! ¡El te guarde, serrana, manojito de claveles *encendios* y *tostaos* por *tos* los soles y estrellas del Universo! No me tengas de aquí á nunca mala voluntad.

La Gitana sonrió:

—Anda, que te sirvan una jarra del mejor vino que tengan, y esto me lo dejas pagar á mí.

Pronunció las últimas palabras encarándose conmigo; escarbó en el seno, aquel seno que yo no me atreví á profanar con las manos, y sacando del tentador escondrijo una bolsita verde con sujetadores de metal, alargó á la posadera dos reales de plata.

Mientras la llevaba calle arriba, escapando del Arrabal Viejo para subir á la hermosa explanada de la Independencia, no sé si por



Una esperanza

insana curiosidad ó por irreflexiva exaltación de espíritu, le dije:

—Así, pues, el otro, cuando te abandonó, no lo hizo miserablemente.

—El otro, como tú dices, era mi marido. Un marido no es un amante. La dádiva de éste que ma las manos, la donación de aquél puede admitirse sin que tenga una que bajar los ojos.

—Perdóname, veo que soy tan torpe como ése.

—No es eso, amigo mío; es que desconoces nuestra ley y nuestras costumbres; vosotros veis á una gitana, y si no os da asco, os despierta una vaga sensación de antipatía.

Creéis que la gitana es sucia, indigente, ignorante; creéis que es embaucadora, amiga de sortilegios y de preocupaciones estúpidas, ladrona, criminal.

—Dispensa, no puedo imaginarme yo lo que dices, pues me estás probando tú que eres el reverso de la medalla que pintas.

—En mi pueblo hay de todo, como en el tuyo: altos y bajos, ricos y pobres, buenos y malos; somos una raza, no una partida de bandoleros; si se tratase de esto último, se nos destruiría como á las sabandijas. Pero, en fin, no me negarás que se nos juzga raza miserable é inferior.

Habíamos llegado á la Explanada, sitio pintoresco abierto al aire, á la luz, frente al mar. El sol, que había despejado con sus rayos el horizonte nuboso, ardía refulgente; era sol de invierno, abrasado en su propia lumbre dentro de aquella atmósfera meridional. Rayaba á la sazón casi en el cenit. El Mediterráneo estaba dormido, quieto; ni una ola, alterando la superficie inmensa, resbalaba en la playa arenosa, encendida como todo en polvo de oro impalpable.

—Aquí,—exclamé interrumpiendo á mi compañera.

Le propuse que almorzáramos en el café Farruco, y si no tenía inconveniente, sobre la terraza, llena de tiestos de clavellinas, que allí florecen mucho antes de sentir los efluvios primaverales. Huyó, y he huído siempre de las cuatro paredes que me ahogan, y no me asusta la multitud. Soy yo de esos seres, aunque parezca tonto el decirlo, que caminan por la tierra sin ver nunca delante de sus ojos á la Sociedad. Los hombres, en la revuelta del mundo, no son para mí sino sombras que se agitan, una decoración más de mi escenario. Soy libre: ¡oh, sí, sí, Dios mío, soy libre! Siento la libertad, único ídolo de mi alma, dentro de la conciencia.



Una realidad

La Saeta

—Aquí en la terraza,—repetí,—á no ser que tú prefieras el gabinete apartado de las miradas indiscretas á este aire tibio, cargado de perfumes, de emanaciones marinas, en que palpita la luz, celebrando su orgía con el ambiente.

—¿Yo? Yo soy libre como el viento que sopla, como el trueno que brama, como el fuego que arde.

—Pues yo amo la inmensidad.

—Entonces almorcemos en la terraza, pero con una condición: Comerás conmigo, donde yo te diga.

—Aunque sea en el borde de un torrente, sobre una roca, con los piés colgando sobre el abismo...

Miróme la gitana curiosamente; sonrió; me dijo:

—Tú eres poeta, ¿no?

Estrechándole efusivamente una mano, repliqué:

—Soy un alma que adora á Dios sobre todas las cosas.

Ya sé que muchos reirán burlonamente al leer esto que digo: la pintura no puede ser más fiel ni más exacta; narro, pero no invento. La juventud está tan viciada, y el mundo tan comido de la roña del prejuicio, el cual obra en el mejor temple como orín, que parece invención fantástica que un joven de veinte años se encuentre al lado de una mujer bonita, aunque sea gitana, y en lugar de hablarle del demonio le hable de Dios; que pueda encerrarse con ella en reducido espacio sin más testigos que los gusanillos y las larvas que pululan en el ambiente, y prefiera el campo abierto donde está siempre vigilante la maledicencia y la estupidez; sí, sí, de sobras sé todo eso. Pero ya he dicho que puedo andar por el mundo, entre los grupos compactos, sin un tropezón; y como estoy libre de preocupaciones, ó mi libertad ya no sería libertad, me importa poco el juicio ajeno. «Soy un alma que adora á Dios sobre todas las cosas,» y me tiene sin cuidado que alguien—el más hipócrita y pedante, sin duda—crea que esta declaración es ridícula. No es ni siquiera bíblica. Yo amo á Dios como supremo Bien, y como Belleza suprema; todo lo hermoso de este mundo, todo lo bueno, no son más que imperfectas manifestaciones, *cosas*, de su infinito Poder. No soy poeta, como dije á la gitana, pero si no *sintiese* eso, rompería mi pluma, y me consagraría á la muda contemplación. Admiro y amo la belleza femenina, en sus delicadezas sutiles, en sus ensueños dulces y suaves, en sus gustos delicados, en su idealismo religioso y en sus formas plásticas, porque todo ello refleja la hermosura sublime, como refleja la luna los resplandores del sol. Imperfecta, vaga y poéticamente el reflejo existe al fin y al cabo. También se fija á veces en ese astro nocturno de la humanidad la pupila del demonio, pero los espíritus fuertes y viriles hacen entonces la señal de la cruz.

De sobremesa, la gitana dijo bruscamente continuando la conversación interrumpida:





—Anda, dale expresiones de mi parte, y dile que si quiere algo, que suba.

La Saeta

—Sí, somos una Raza, somos un pueblo; ¿y quién te dice que vuestra civilización es más grande que nuestra civilización? Yo no te disputo la cultura. Lo que te digo es que unos y otros somos esclavos de los sentimientos, esclavos de la sangre, esclavos de toda esa máquina infernal ó divina que mueve nuestro organismo. Pero nosotros tenemos nuestra ley, y esa ley es más justa, porque está más conforme con la Naturaleza. Ni siquiera disputamos sus prerrogativas al amor, cortándole las alas. Nó, nuestra ley es justa; aparentemente, la fórmula que consagra nuestro matrimonio, es pueril; pero tiene su fondo de filosofía humana indiscutible. Rompiendo un tiesto cualquiera damos á la casualidad el valor de la inconstancia que preside á toda unión entre los seres. No atamos un nudo que es inmoral y necio pretender que parezca indisoluble: dejamos una vaga para deshacerlo sin exigir sacrificios sobrehumanos.

—Y por esa vaga se ha colado en tu espíritu la infelicidad.

—Ciertamente, pero no me quejo. Yo he amado á mi hombre; él á mí nó; pongamos las cosas al revés: ¿sería justo que él me obligase, sin quererle, sin ser suya, verdaderamente suya, á continuar esclava de un amor que yo tomaría por torpe capricho? Es cierto que mi desdicha raya en lo inverosímil y por eso he querido morir: ¿y no sería más horrible sufrir todos los días por una parte su desvío, por otra su misericordia, su conmiseración? El amor no es eso; el amor no quiere limosnas, aunque sí quiere sacrificios, concesiones; el amor no quiere piedad, quiere amor, es una moneda de oro que no tiene cambio, tiene trueque, necesita otra moneda de oro igual ó más rica.

Transcribo casi al pie de la letra las palabras de la Gitana, sin más que adornarlas un poco, corrigiendo la dicción y prescindiendo de las pausas fatigosas siempre para el espíritu que fija su atención en la lectura. ¿Qué novelista podrá vanagloriarse de transmitir un coloquio tal y como se escucha ordinariamente en la vida, con todas sus interrupciones, con todas sus vaguedades, con todos sus vocablos feos ó torpes ó inútiles, sin que el lector salte páginas, ó eche el volumen sobre una silla, ó quede profundamente dormido? En esto del lenguaje ocurre lo que en las minas donde se buscan las pepitas de oro: hay que escarbar mucho en la tierra, hay que arañar y ensangrentarse las uñas. Si las palabras que he escrito no son las mismas, las frases sí, y desde luego las ideas. La Gitana pudo hablar de otro modo, pero expresó al fin y al cabo lo que tan vivamente quedó impreso en mi espíritu. A ustedes, claro, les extrañará que aquella mujer poseyera tanta filosofía; á mí también me conmovió su parola, que no otra cosa era, y me hizo quedar pensativo: tenemos, generalmente, una idea falsa de las personas: las suponemos de ordinario locuaces, pero no profundas: y á lo mejor tropezamos con un campesino, con un rústico que habla mal, pero piensa soberanamente. La palabra que viene no se sabe de dónde, de arriba, la perfecciona el estudio, la idea la da Dios.

—Pero tú sabes mucho,—dije á mi compañera.
Replicó como un griego:
—Me ha enseñado el dolor.



—¡Qué bien, pero qué bien sienta en el verano este traje!

J. F. Luján

ÍNTIMA

Otra vez los hermosos claveles
sus rizadas hojitas abrieron;
otra vez mi balcón alegraron
con vivos colores de sangre y de fuego.

Otra vez han venido amorosas
las aves de paso buscando este suelo,
donde ardientes amores germinan
que estallan en lágrimas, suspiros y besos.

Ya las ninfas sagradas del bosque
en el lago sumergen sus cuerpos
para darle frescor á la carne
y placer inefable á los nervios.

Primavera fragante nos tiende
los brazos alegres, floridos y frescos
y en su afán convertir quiere al mundo
en valle de amores fervientes y tiernos.

Todo rico de amor y alegría;
todo hermoso, magnífico, inmenso;
todos van á gozar en los brazos
que amorosos esperan abiertos.

Pero yo siempre vivo en la noche;
sólo á mí no me esperan los tiernos
amorosos bracitos que deben
rodear sin reparo mi cuello.

Yo por eso al llegar primavera
y al notar que mi sangre está hirviendo
sollozando en amargas congojas
paso triste los días de fuego.

Del balcón de mi cuarto las flores
que sus hojas rizadas abrieron
morirán sin haber adornado
de una hermosa el magnífico pecho.

Y como ellas, sin duda, las tiernas
ansiedades que siento aquí dentro,
morirán sin llegar á gastarse
convertidas en risas y besos.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

—Tanto cacareo, tanto hablar del portentoso
fenómeno, y, lo que yo me temía: total, nada.



ENTRE AMIGAS

Una robusta jamona,
por desgracia solterona,
y una joven hechicera,
que era la cosa más mona,
hablaban de esta manera:

—Ese oficial que en el Prado
estuvo junto á mi lado,
me quiere con frenesí;
¡como que está enamorado
perdidamente de mí!

—Aunque te juzgues dichosa
con tus ilusiones bellas,
no ha pensado, amiga Rosa,
ese oficial otra cosa
¡que hacerte ver las estrellas!

Ha pensado el buen señor
deslumbrarte con su brillo
fingiéndote casto amor,
porque debe ser un pillo
de los de marca mayor.

No veo en tu pretendiente
ese amor que el pecho abrasa;
por eso el padre Vicente
pensando muy cuerdamente
no quiere que entre en tu casa.

—Son tonterías de viejos
que nada importan al fin;
para el amor no hay consejos:
anoche, sin ir más lejos,
hablamos en el jardín.

—Dios mío ¡qué atrocidad!
si hablaste en la obscuridad
solos estando los dos
tengo la seguridad
de que has ofendido á Dios.

—Pues chica, no hay nada de eso:
no he ofendido al Soberano;
pues tan sólo en un exceso
me ha echado mi novio un beso
desde lejos con la mano.

—Se lo cuentas á tu tía,
que en un jardín apartado,
viniendo con picardía,
lo más natural sería
que se hubiera propasado.

No eres conmigo sincera
y estás haciendo muy mal:
eso le extraña á cualquiera,
ó es tu novio un animal
ó tú hiciste... que lo fuera.

CLICHÉ DE LA SOCIEDAD HÉLIOS DE PARÍS; OBTENIDO CON LAS CÉLEBRES PLACAS SMART
Pájaro... de buen agüero.

V. BENEDICTO



Me gustan todas..

EL AMOR y el interés

Vosotros, ¡oh mortales super-metalizados!, que anteponeis el vil interés al más noble y embriagador de los afectos del alma, leed y estremeceos.

El caso que voy á referir es rigurosamente histórico; tanto, que, á pesar del tiempo transcurrido, aun los buenos vecinos de Francfort están comentándolo entre sendos bocks de *bier* y alegres risotadas.

Un solterón de la ciudad que el Mein baña con sus aguas—seamos veraces—no muy cristalinas, por aquello de que «el buey suelto bien se lame,» vivía completamente solo, sin otra compañía que la de una joven que le hacía las veces de cocinera, ama de llaves, criada y—palabra de honor—nada más.

Una mañana la *pobre chica*, supersticiosa y cándida como todas las súbditas del Kaiser, se acercó humildemente á su amo y le dijo:

—Señor Fritz, necesito pedirle á usted un favor, por el cual le quedaré muy agradecida.

—Habla, y mientras no se trate de dinero ni de nada que lo valga, ya sabes que yo...

—¡Ay, sí, señor; es cosa de dinero! Desearía que me adelantase usted diez marcos á cuenta del salario del mes.

El solterón, avaro y receloso, frunció horriblemente el ceño y retrocedió un paso,



Me gustan todas...



Me gustan todas, en general...

como si le hubiesen pinchado en lo más hondo del organismo.

—¡Diez marcos! ¿Para qué los necesitas?

—Le diré á usted la verdad. Esta noche he soñado, con una claridad que no admite duda, que el premio gordo de la lotería del Estado ha de ganarlo el número 12.345, y deseo comprarlo.

—Vamos, tú estás loca. ¿Aun pones fe en los sueños?

—¿Por qué no, señor? Estos avisos no mienten nunca, y menos tratándose de un número tan lindo como éste: 1, 2, 3, 4 y 5... ¿Dónde ha visto usted combinación más significativa é insinuante?

Compadecido de la credulidad de su criada, el señor Fritz, considerando que al fin sólo se trataba de un anticipo, acabó por darle los diez marcos, no sin hacerle esta última advertencia:

—Piénsalo bien, no seas tonta. El dinero es como un pájaro: sale de la jaula con mucha facilidad; pero una vez fuera, cualquiera vuelve á enjaularlo.

—Nó, no tema usted. ¡El 12.345!... El corazón me dice que seré rica.

Ocho días más tarde verificóse el sorteo, y ¡cuál no sería la sorpresa del alemán al examinar la lista que un aficionado llevó á la cervecería y ver que el 12.345 había salido premiado con el gordo, 500.000 marcos en buena moneda. ¡Qué barbari-



Pero esa rubia, pero esa rubia, pero esa rubia me gusta más.



Esperando la señal para comenzar la danza...

Cauto como buen alemán, el señor Fritz dejó pasar algunas horas sin abordar el asunto; pero al levantarse, al día siguiente de la boda, el enamorado esposo cogió por la cintura á su ex criada y le dijo amorosamente:

—Vamos, ángel mío, ya sabes que ahora entre los dos no debe haber secretos. ¿Dónde guardas el billete?

La señora de Fritz miró á su marido con idílica estupefacción.

—¿Qué billete?

—Aquél, el que compraste con los diez marcos que te adelanté aquella mañana.

—¡Ah!—exclamó la recién casada dándose un golpecito en la frente:—¡Ahora lo recuerdo! Sí... Pues el billete aquél... no lo compré. Como tú me digiste que el creer en sueños es una necedad, y además al ir á la administración de loterías ví en una tienda unos sombreros magníficos que sólo valían diez marcos, me los gasté en un sombrero, que por cierto ¿no me lo has visto? me sienta muy bien.

¡Cataplúm!... Al *amigo* Fritz debió parecerle en aquel momento que el imperio alemán, todo en una pieza, se hundía en el abismo.

Casado, uncido para siempre á la carreta del matrimonio, en el bolsillo una atrocidad de facturas de la modista... ¡y sin un solo marco de los centenares de miles con que—¡él que no creía en los sueños!—había soñado!... ¡Justo castigo á su perversidad!

ADOLFO PALMA

dad! ¡Medio millón, una verdadera fortuna que desde aquel instante pertenecía á su criada!

En un abrir y cerrar de ojos tuvo trazado su plan y se dispuso á ejecutarlo sin demora.

Vuela á su casa, y, seguro de que la joven ignora la ganga que del cielo le ha llovido, le manifiesta, no sin rubor, «su atrevido pensamiento.»

—Hija mía,—le dice:—estoy cansado de esta vida de estéril soledad que llevo, y he resuelto casarme. ¿Comprendes?

Comprender, no comprendía nada; pero la muchacha le escuchaba atentamente para ver en qué pararía el sermón.

—Tú,—prosigue el taimado alemán,—eres buena, discreta, honrada y... ¿por qué callarlo?, muy bonita.

—Señor,—murmura la joven bajando los ojos:—nunca me había hablado usted de esa manera.

—Es que antes yo no sabía... digo, no había reparado en... ¡Ea! Acabemos y contéstame con toda franqueza: ¿quieres casarte conmigo?

—¿Pero habla usted de veras?

—Todo lo de veras que puede hablar un hombre que de pronto se siente herido por una pasión que, vamos, tan... en fin...

En fin, que el señor Fritz se hizo un lío, que la criada aceptó su proposición con alborozo, y que llevados los preparativos á paso de carga y tras una infinidad de gastos de *toilette*, que el novio sufragó radiante de felicidad, el casamiento se verificó al cabo de pocos días.

EL ECLIPSE DE 1860

¡A eso de las dos y media empezaron á palidecer las nubes, mientras que el mar se ponía cada vez más sombrío.

La luz del sol era blanca como la de la luna, y la sombra de los cuerpos intensamente negra, pero de vagos contornos.

El cielo estaba despejado; la atmósfera, diáfana. ¡El sol se hallaba en el Mediodía, y, sin embargo, se aproximaba la noche!

Nuestros semblantes se iban poniendo lívidos... Una claridad fúnebre, que no era semejante á la de la luna, sino á la luz eléctrica, alumbraba fantásticamente la ciudad y las ruinas del anfiteatro.

Las nubes tomaban un color gris, como el de la ceniza. El mar continuaba obscureciéndose.

¡Y nada de esto se parecía al anoecer! Lo imponente era ver que allá, en las regiones superiores del cielo, seguía siendo de día; mientras que en la infortunada tierra y en su atmósfera cundía la obscuridad. Es decir: ¡que la luz del cielo no llegaba ya á la tierra!

Por lo demás, á la simple vista no se notaba todavía alteración alguna en el disco del sol. Ciertamente casi todo él estaba eclipsado; pero el ligero nimbo que aun se percibía irradiaba el suficiente fulgor para ocultar á nuestros débiles ojos la gran sombra que ya amenazaba sepultarlo.

Tenemos, pues, que el sol reverberaba en el cenit; que el cielo, ó sea el espacio á que no alcanzaba la sombra de la luna, seguía inundado de luz como antes del fenómeno, y que, sin embargo, la noche caía sobre la tierra, súbita, aceleradamente ya, sin gradación ni crepúsculo, como si nuestro planeta hubiese tenido luz propia y un soplo la hubiera apagado repentinamente.

¡En esto,—todo lo que ya diga sucedió en menos de un segundo,—en esto espira instantáneamente el último fulgor; cambian de aspecto todas las cosas; vense lucir dos estrellas cerca del astro agonizante; levántase un espantoso viento; hace frío; corren las nubes; ennegrecese el mar; camina la sombra á nuestros piés; parece que se desquicia el cielo, como cuando se muda una decoración en el teatro; muere el sol... y sustitúyese un astro nunca visto, un meteoro fúnebre y grandioso, más bello que todo lo imaginado por el hombre!...

Un grito de terror sale de mil pechos. Las gentes sencillas que nos cercan creen indudablemente que se acaba el mundo... Pero, al ver que el sol ha sido reemplazado por aquel fenómeno tan hermoso y sorprendente, prorrumpe en un aplauso, en un viva, en un *bravo*, en una aclamación frenética y entusiasta...

Este singular y tierno aplauso pone las lágrimas en mis ojos... El espectáculo de la *conjunción* eriza los cabellos... El cuadro que me rodea, la hora, el sitio, todo contribuye á horrorizarme, á conmovirme, á levantar mi espíritu.

Entretanto... ¡qué maravillosa, qué sublime apariencia la de los cielos!

El astro que había sustituido al sol dírase que era su catafalco, su iluminado túmulo, su *capella ardente*. Imaginaos un cielo sombrío, y en medio de él una gran placa negra y de oro, una enorme estrella esmaltada... ¡Yo no sé cómo os lo diga!... Imaginaos el disco de la luna negro como el azabache, y en torno suyo una orla de lumbre, formada por la irradiación del sol, que está detrás. De esta orla parten, divergentemente, cuatro ó cinco ráfagas de plata

y oro, como los destellos que vemos en las aureolas de los santos góticos. Era, pues, un astro de luto; el cadáver del sol; la luz vestida de negro. Sol y luna formaban un solo cuerpo, engendro misterioso que representaba á la vez el día y la noche.

Poco más de dos minutos, que nunca olvidarán los mortales que han presenciado esta gran tragedia, duró el eclipse total.—El pueblo seguía clamando, con los brazos alzados al cielo, con las lágrimas en los ojos.

La obscuridad no era tanta que dejásemos de vernos unos á otros... Pero ¡de qué manera! ¡Qué fatídica luz en nuestras frentes! ¡Qué lobreguez en las nubes! ¡Qué aparente movilidad en el suelo que pisábamos!

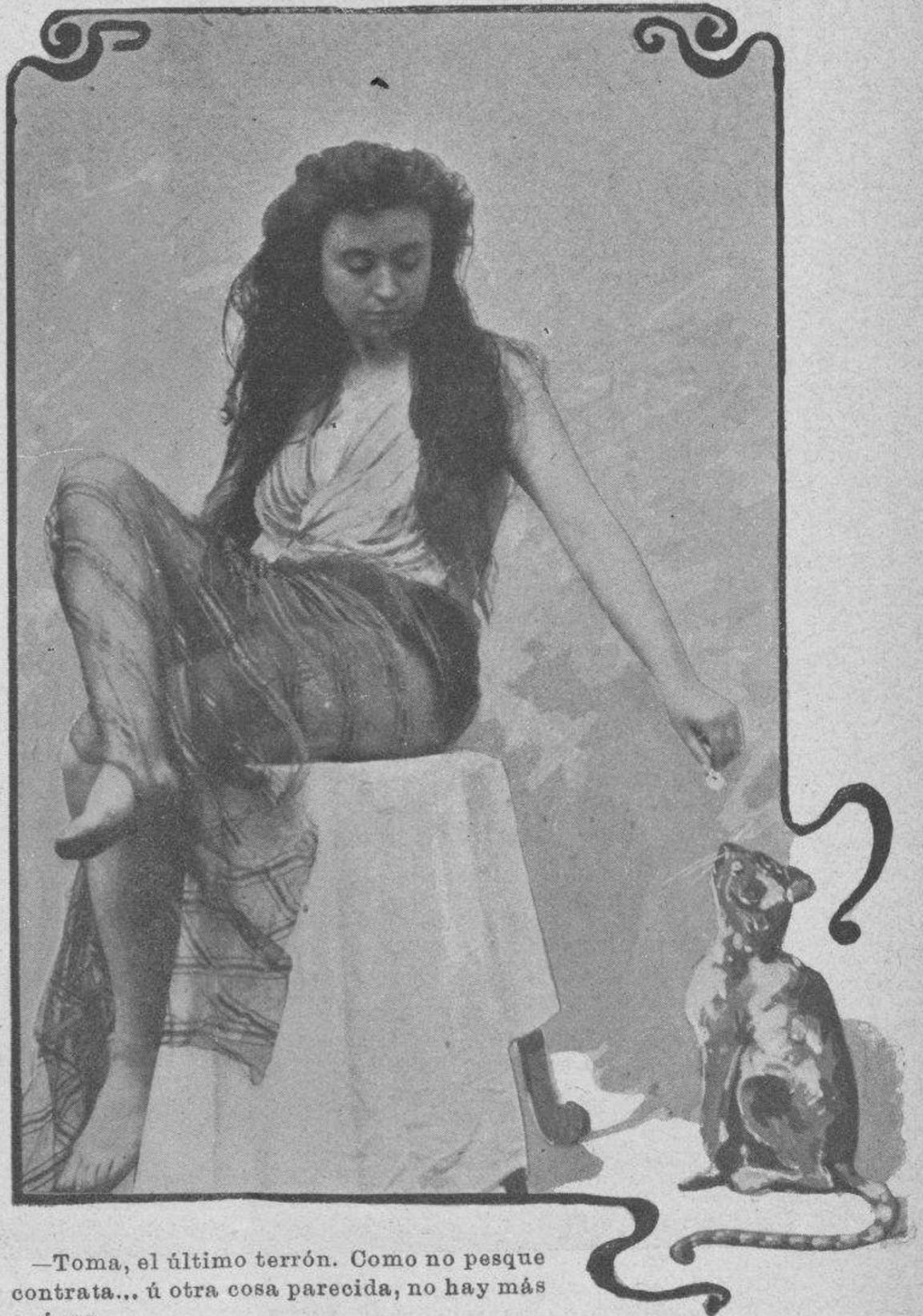
De pronto cae de aquel extraño fenómeno un borbotón de luz, un río de oro, un torrente de fuego, que inunda instantáneamente toda la enlutada atmósfera...

Un nuevo aplauso, un nuevo grito, mil y mil exclamaciones pueblan el espacio.

—¡El sol! ¡El sol!—gritamos todos con amorosa alegría.

PEDRO A. DE ALARCÓN

A MAL TIEMPO... ECONOMÍAS



—Toma, el último terrón. Como no pesque contrata... ú otra cosa parecida, no hay más azúcar.

Los perros



¿A saben ustedes que el perro, desde la antigüedad, es un símbolo.

Todos los sistemas filosóficos han glorificado á este animal... llamado así por los naturalistas, y que, sin embargo, es lo menos animal posible.

Asegura un primo mío, y no ha estudiado en Universidades ni en Institutos, que el perro pertenece á una raza superior á la del hombre.

No creo yo tal; pero algunas veces me he quedado pensando: ¿quién sabe?

«¿Quién sabe?» repito. En instinto sí, indiscutible. Donde el hombre no llega valiéndose de los ojos, rastrea él, valiéndose del olfato. Una ventaja. Donde el hombre acaba, empieza el perro. Otro triunfo.

Alguien ha dicho: «¿qué le falta al perro para ser hombre? Hablar.» Un filósofo persa, á quien leo muy á menudo, ha enmendado este aforismo: «¿qué le falta al hombre para ser perro?» Todo lo que de noble tiene el perro, la fidelidad.

En esto de la fidelidad se encierra toda la filosofía humana y toda la filosofía perruna... aunque ustedes se bur-len.



De paseo

*
* *

Pero conste que no es caso de risa. ¿Qué es lo que ustedes desean que sea, en sus más grandes intimidades, afecto hasta lo inverosímil? ¿La mujer? Para ponderar su devoción, dicen: «es fiel como un perro.» ¿El amigo? exclaman: «ni un perro puede comparársele.» Para expresar la más entera ceridumbre de que cualquiera nos pertenece, como nosotros mismos no nos pertenecemos, «es un perro,» decimos todos.

Queda, por tanto, fuera de duda, que nadie osará decir, bajo su honrada palabra, que el perro es un ser inferior al hombre.

¿Qué es el perro, pues? Un enigma.

Cierto que el perro ladra. ¿Y el hombre?

Cierto que rabia el perro. ¿Y el hombre?

Hay mordeduras más fatales que las mordeduras de la llamada raza canina.

Entretanto el perro ha conseguido que se le llamara «amigo del hombre.»

Y en las postrimerías del siglo diez y nueve no ha conseguido el hombre que se le llamara «amigo del perro.»

*
**

Ejemplos prácticos, y doy la primacía al caso más reciente, porque se puede comprobar.

Un *hombre* ha querido suicidarse en Málaga, mejor dicho, en el mar que sus playas arrulla.

Su perro ha luchado contra el abismo, con el monstruo descrito por Víctor Hugo magistralmente.

La lucha no tiene nada de particular, aunque siempre es ventajosa para el perro en este caso.

Se trata del instinto de conservación entendido al revés. Sin embargo, es un instinto puramente animal. Por este lado, ¿quién discute? El hombre quiere ahogarse: destruir un derecho, olvidar un deber: el perro *desea* simplemente que el hombre no sucumba. La acción del hombre, *puede ser* un apóstrofe á la vida; la acción del perro es indudablemente un himno triunfal.

Sobre todo, la superioridad del perro hasta aquí está en que él se arroja al agua para salvar al hombre: el hombre no se arrojaría al agua para salvar al perro.

El hombre es el amo; el perro no es ni siquiera el criado; el perro es el animal; el hombre, según nuestra civilización, es el ser inteligente.

*
**

Pero no queda ahí la cosa. El perro de Málaga se echa al mar, con la abnegación raramente observada entre seres humanos, para que su amigo no sucumba.

Yo no sé si ese perro es filósofo; á la manera nuestra, supongo cuerdamente que nó; nuestros filósofos predicán, pero no ejecutan.

Se echa el perro al agua, digo; hincó el diente, con más delicadeza que una mujer nerviosa, batalla con más tesón que un patriota *redivivo* (si los hay, que no lo creo) y sale con su *presa* á la orilla. ¡Es la presa que ha disputado á la inmensidad, él, un perro! ¡La menor suma posible (siempre según la filosofía humana) de inteligencia! ¡La incertidumbre, el punto menos luminoso de nuestro valor positivo! ¡Una cantidad que, según lo que conocemos de la *ética algebraica*, se halla á partir del cero de derecha á izquierda, hacia las cantidades negativas!

El hombre, rey de la creación, sucumbe; el perro, lacayo de su majestad, nó; el hombre, amo, muere; el perro, siervo, nó; el siervo, el lacayo, no habla, no pronuncia, no profiere; pero, en cambio, aúlla lastimeramente; da vueltas alrededor del cadáver, se agita, y sin importarle un ardite de lo que digan los testigos, da pruebas de honda desesperación. El hombre no habría hecho otro tanto. La única virtud de ese hombre, del hombre vivo ante el hombre muerto, ha sido declarar que parecía sino que el perro se desesperaba, hasta lo inverosímil, viendo que no pudo salvar á su dueño... á su amigo. El mismo hombre en su caso, habría dicho encogiéndose de hombros: «¡uf! por poco me ahogo; he hecho todo lo posible.»

El perro lloraba; el hombre habría cantado á los cuatro vientos que merecía el premio de los héroes.

El perro se echaba en cara su torpeza; si hubiera sido hombre, y pudiera manejar una pistola, habría puesto resueltamente el frío cañón sobre su sien.

Y yo digo ahora: ¿un perro vale más que un hombre? Peor que eso: ¿puede un hombre compararse á un perro?



—¡Infame! ¡Traidor!... En una sola semana, ¡estar ocho ó nueve días sin venir á comer!



Cantamos como ángeles,
bailamos muy bien

y hacemos cositas
que es lo que hay que ver.

Terrible problema, que no se puede resolver en un segundo. Tengo muchas experiencias, graciosas unas, serias otras, que contar á ustedes. Las iré narrando. Queda en pie la duda, y no es ésta duda ociosa. Al mismo tiempo que yo aporte mis datos, mezclando la anécdota con la filosofía, no fuera perdido que otros ayudasen con sus experiencias á mi buena voluntad. Se ha confundido la seriedad del sabio con la seriedad del asno. Se ha dicho que el elefante era sagrado. Se asegura que el león no admite más rival que el águila en punto á realeza; quiérese que la lechuza simbolice el sol de las tinieblas, y la salamandra el fuego sublime del espíritu, pasando por todas las fases de la resurrección; que la serpiente cautive á la mujer; que la paloma sea inocencia y verbo á la par, venciendo como don al diablo; que la tórtola recuerde á la viuda de la leyenda, inverosímil dentro nuestra civilización, y que la alondra cante al rayar de un día que no puede llegar nunca para una Julieta rendida y enamorada.

Bueno, ¿y del perro qué? No puede afirmarse con los chulos: del perro *ná*. ¿Qué es el perro? No se enrosca como la serpiente, no *engaña* la ilusión como la alondra, no entiende palabra de viudez, no reina en los aires ni en los desiertos; pero en cambio, si es verdad que no habla como nosotros, y como nosotros piensa ó *sabe*, ¿es verdaderamente un animal?

El director de LA SAETA es tan discreto, que me permitirá que admita todo género de objeciones.

CARLOS LATOUR

Cuartillas sueltas

YA ha pasado eso... lo del eclipse.

Podemos decir con nuestra filosofía popular: «pertenece á la historia.»

¡Cuántas decepciones, cuántos amantes burlados, cuántas niñas sensibles desengañadas!

Creían muchos que el eclipse era algo así como pescar el premio gordo de la lotería, ó como comer mazapán sin tener dientes ni muelas.

En fin, lo imposible de lo raro.

Por ejemplo, ver un fantasma en una época descreída en que no creen ya que pueda presentársenos ni los muertos.

Mi patrona decía:—;Pero don Claudio, de veras va á ser? ¿Tendrá usted bastante con dos velas en la habitación?

Ahora me atruena los oídos quejándose del dinero que ha gastado en una tienda de ultramarinos, por culpa de los *gastrónomos*.

Así llama á Flammarión y al padre Secci.

**

A los españoles no nos coge de susto el eclipse; desde principios de siglo nos hemos ido *haciendo*, como dijo el otro: éramos al empezar un sol, y ya no somos al concluir ni un cuarto de luna.

El fenómeno, ha dicho el sabio francés, resulta de importancia capital para la ciencia.

En otro país, bueno; en éste no será para la ciencia de los astros, sino para la ciencia de los números.

Con impuesto y todo.

**

Hasta la hora presente no hay noticia de que hayan temblado las esferas.

Yo estaba en el terrado y junto á mí había un gato que no hizo más que limpiarse el hocico con la pata.

Mi perro de Terranova ladró. No cayó á mis piés ningún pájaro, ni pude dar el beso que tenía preparado desde dos meses atrás á la señorita del segundo.

¡Que me devuelvan los cuartos!

Lo que sí puedo afirmar, es que este espectáculo, además de guasón, ha resultado cabalístico; vamos, augur como Martínez Campos. *Mercurio* estaba muy cerca del sol eclipsado y *Marte* más allá... en segundo término.

Sabido es de todos los que en tiempos de la Nanita se aficionaron á los dioses mitológicos, que Marte es el señor del chafarote, el César olímpico batallador, presidente de las batallas ó cosa así, y Mercurio el amo del cotarro, á quien Mendizábal adoró... y Villaverde también para no ser menos.

Quiero decir, el de las gavetas, el de los recargos, el de los estancos y otras salsas.

Sí, es una predicción, un aviso: que el sol, más ó menos nublado, haya escogido á España para quebrar, y que á Mercurio le haya estado al quite, tiene su intrínquilis.

Hasta mi novia, que no entiende de mecánica, me dijo tocándome involuntariamente en un bolsillo:

—Sí que es casual.

Yo, que soy algo poeta, le dí un pellizco, no quiero decir donde.



CLAUDIO UGENA

—Si no fuese por el condenado puchero, ¡qué poco se molestaría una!...

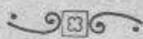
EL ECLIPSE

CUANDO escribimos estas líneas, antes del 28, no se ha verificado aún ese magnífico y solemne fenómeno, que desde los tiempos primitivos ha cautivado (como ningún otro suceso, aun las guerras más encarnizadas, aun las revoluciones más sangrientas) á la humanidad. La historia misma dedica á estas manifestaciones celestes que influyen, no sólo en el mundo material, sino en nuestro espíritu, páginas y más páginas. Algunos sabios han podido en ocasiones contener á toda una multitud reuelta, aprovechándose de esta fiesta, especie de orgía de la sombra con la luz. Ocurre tan de tarde en tarde, que aun dentro del siglo no serán muchos los que puedan recordar este acontecimiento.

El actual eclipse ha caído como una bendición sobre España; han preferido los sabios este país, tan desgraciado como hermoso, para sus observaciones. El eclipse habrá atravesado el Mediterráneo en cinco minutos, y así muchos pueblos que esperan con los vidrios ahumados, se quedarán algo menos que á la luna de Valencia.

Para evitarlo, nosotros hemos mandado á uno de nuestros redactores á Elche, y él nos transmitirá, de seguro, interesantes impresiones.

Este fenómeno no es sólo para los sabios, también es para los artistas.



¡ESTETAS!

Palpitando entre mares de amargura ve el corazón, que de furor estalla, el instinto brutal de esa canalla que las leyes infringe de Natura.

¡Torpe alimaña de mirada impura, presa del vicio en la asquerosa malla: flagela tus instintos, con la tralla que la crítica acerba te procura!

¡Ser neutro!... Basta ya: no más germine la semilla prolífica que rueda de tu vicio en el surco maldecido.

O que el bíblico fuego te calcine, aunque al mirar gozoso la humareda quede yo en vil estatua convertido.

RAMÓN A. URBANO



—Ahora, ya lo sé, al llegar á casa, aun llevaré en la ropa la mar de hormigas.

UNA SÚPLICA

No sé como salir del grave aprieto en que me ponen esos labios rojos, teniendo que decir á tus dos ojos lo que decir se pueda en un soneto.

A súplica tan tierna me someto, que no quiero á tus ojos dar enojos... ¿Mas cómo han de cumplirse tus antojos si no me queda ya ningún cuarteto?

Tú sigues implacable suplicando, y yo sudando tinta, vida mía, porque el soneto ya se está acabando.

Cesa por Dios en tu tenaz porfía, que bien está el soneto demostrando que tus ojos me han puesto en la agonía.

MANUEL MILLÁN Y VÁZQUEZ

Lo que podemos vivir

QUE morir debemos, ya lo sabemos... desde mucho antes que los frailes trapenses tuviesen la bondad de recordárnoslo con su famoso estribillo.

Pero aquí no se trata de morirnos, sino, muy al contrario, de vivir tanto como nos sea posible, á pesar de los proveedores de comestibles, que impunemente nos envenenan; de los gobiernos, que nos dan un disgusto un día sí y otro también, y de los médicos, que, so pretexto de conservar nuestra salud, con deplorable frecuencia nos dejan sin salud y sin dinero.

¿Cuánto puede vivir un hombre? El vaticinarlo con *absoluta seguridad* queda reservado á los augures que á tanto por conferencia adivinan estas y otras cosas más recónditas y, al parecer, más difíciles. Lo único que nosotros podemos permitirnos, es ofrecer al lector unas tablas de probabilidades, mejor dicho, una colección de datos, de indiscutible exactitud, sobre la duración de la existencia, que, si no para otra cosa, servirán para probarle que, como decía el paleta que se burlaba de estas compañías que «aseguran la vida,» la vida es un soplo.

Atención, pues, que el tema vale la pena.

* * *

De los mil quinientos millones de habitantes que, pico más pico menos, pueblan el globo, mueren al año la friolera de 32 millones, ó sea, dicho en otros términos, 86.000 cada día, 3.600 cada hora, 60 cada minuto y uno cada segundo... Cifra cruel, que viene á demostrar que cada movimiento de esa pata de araña que tan rápidamente gira sobre la esfera del reloj, cuesta la vida á un ser humano...

La vida del hombre, calculada en un promedio, es de 33 años; por manera que el que llega no más á 34 ha pasado ya de la medianía y puede darse por muy satisfecho de las atenciones que con él ha tenido la naturaleza.

La cuarta parte del género humano muere á los 7 años de edad, y la mitad no pasa de los 16.

Según no pocas lumbreras científicas, el término natural de nuestra existencia debería ser el de cien años; pero tales son los obstáculos que á esta *naturalidad* se oponen, que de cada 100.000 seres que nacen, sólo uno llega á centenario.

A los 90 años llega uno de cada 5.000, y á los 70, de cada mil, uno.

Examinemos ahora la cuestión bajo otros aspectos.

¿Es más *sano* el matrimonio ó el celibato? Respuesta terminante de la sabia experiencia: Los casados viven más que los solteros.

¿Las profesiones influyen en la longevidad? Indudablemente: hay artes y ocupaciones que favorecen la vida y otros que tienden á acortarla. Tomando, por ejemplo, el término de 70 años, vemos que de cada mil agricultores, únicamente 40 llegan á esta edad; de cada mil comerciantes, 33; de cada mil abogados y profesores, 27, y de cada mil médicos, 24.

En cambio, de cada mil clérigos llegan á 70 años 42: bonita cifra, que no deja de constituir una elocuente demostración de las excelencias de la vida sacerdotal.

Y ya que en este terreno estamos metidos, digamos, para terminar, que los altos viven más que los bajos, los morenos más que los rubios, los calvos más que los de pelo abundante, los de larga nariz más que los chatos, y los que nacen en la primavera más que los nacidos en las demás estaciones del año.

¿Síntesis de estas observaciones? Que para llegar á viejo hay que nacer en la primavera, ser alto y narigudo, cultivar la calva, tener la tez morena, casarse... y no morir joven.

Esto último es, probablemente, lo principal.

GLENER

—¿Cómo buscan el calor, las muy tunantuelas!



Miscelánea

Un soldado que se hallaba convaleciendo en un hospital de París, sintió deseos de esperezarse sin advertir que una hermana de la caridad se encontraba á su lado.

—¡¡¡Oh, oh, oh... Dios mío!!!—exclamó levantando los brazos.

—¿Llamabas á Dios, hijo mío?—contestó la hermana,—¿qué quieres? dímelo, yo soy su hija.

—Que me acepte por yerno,—contestó el convaleciente.

Un gallego se cayó de lo alto de una escalera y la bajó toda contando los escalones con la cabeza, pero no se hizo gran daño. Uno que le vió rodar sin haberse lastimado, le dijo:

—Bien podéis dar gracias á Dios por el favor que os ha hecho.

—¡Cómo!—dijo él,—buenas gracias, cuando no me ha perdonado un solo escalón.

Charada

Mi querido Director:
le dirijo esta charada,
desde el café del Comercio
de Alicante. Le doy gracias
por la atención que ha tenido
en LA SAETA pasadá.
En Cartagena la bella,
una *Todo* muy serrana,
muy *prima tres* y muy lista
se enamoró de mi cara,
y me ofreció cuatro *perros*
si quería retratarla.
Las chicas de Cartagena
me enloquecen y entusiasman.
¡Camará, vaya unas mozas
derramando sal y gracia!
En el puerto había una
que un *dos prima* compraba,
y al acercarme solícito
para ofrecerle mi casa
(y otras cosas que me callo),
fué y me mandó en hora mala
diciendo: Es V. más feo,
que aquella célebre *Marcha...*
Visité á «*El Mediterráneo*»
que estimó fineza tanta,
demostrando todos ellos
que le aprecian, y que guardan
de V. muy buenas ausencias,
recordando la campaña
provechosa, que sostuvo
allá en época lejana...
En Alicante me encuentro,
y juro por mi palabra,
ó por el Dios *prima prima*,
que Cartagena le gana.
(¿Si me costará un disgusto
el decir las cosas claras?)
Nada más, Luján querido,
porque ya el tiempo me falta.

Salude á los de *La Peña*
y V. no dude que manda
como quiera y cuando quiera
al que firma esta charada.

MORENO

Cuadrado numérico

1 2 3 4 5 6	Planta medicinal
5 1 3 4 3 1	Adjetivo
5 6 3 5 1 3	Baile
3 1 2 2 6 2	Verbo
5 6 4 3 5 1	Arbusto
5 1 3 6 3 1	Cinturón

JESÚS GÓMEZ

Soluciones á lo insertado en el número 496:

FUGA DE VOCALES.—

Cuando se muera mi niña
rogaré al sepulturero,
que haga dos huecos juntitos
para enterrar á dos cuerpos.

MORENO

ROMBO.—

J
S E R
J E R E Z
R E Y
Z

SERVICIO DE MESA.—Carolinas.

Correspondencia

por Clak

E. A.—Francamente, recibo su grata cuando estaba yo preguntándome: ¿qué diablos se ha hecho ese señor? No llegó lo que anuncia. Por... no sé cuantas veces se le remite á usted el número que pide. Haga el favor de acusar recibo, y no mande sellos ni cosa que lo valga. Procure que sean *divertidos...* amenos los aslintos que escoja.

Pietrini.—

¡Anda, salero, digo, *salerini!*
Ese soneto á Marte, ni la Luna
lo puede recoger, caro Pietrini.

R. B.—Crea usted que lamento en el alma no complacerle, y para que vea que no son vanas palabras, repetiré la lección. El verso octosílabo tiene ocho sílabas, que son las que usted cuenta, pero sin el acento. Este pícaro acento carga siempre en la séptima, de modo que los agudos tienen siete y los esdrújulos nueve. ¡Hombre, una cosa tan fácil contando por los dedos y dando un repaso á la métrica! Las redondillas consueñan así: la cuarta línea con la primera, y con la tercera la segunda; pero para que el consonante se... *verifique*, han de ser las mismas todas las letras, á contar desde aquella en que el acento carga; ejemplo: *bélla* y *estrélla*, *amór* y *ruiseñór*, *místico* y *distico*. Más claro agua. Los asonantes dan por regla que las vocales sean las mismas partiendo

desde la acentuada. Véalo en este esdrújulo de Bretón de los Herreros:

Reniego del arte pésimo
cuya influencia recóndita
me aficionó á la poética,
que ya maldice mi cólera.

El asonante es *o a*, de modo que *poética* que acaba en *a* no es ni siquiera *prima* de *recóndita*. Repase la composición, y con arreglo á estas instrucciones, echará de ver que *tropel* no es consonante de *parecer*. Lo sería de *papel*, de *fiel*, etc. *Mella* y *botellas*, se aproximan, pero les pasa lo que á esos premios que no *caen* por un número de más. La *s* final hace *mella* al consonante y lo corrompe. *Mande* y *bacante* se dan de puñetazos, y ciertamente ayudan á convertir su «Bacanal»

«en desenfrenada orgia.»

En fin, compre usted la poética de Antonio de Trueba, titulada «Arte de hacer versos», y verá como me da las gracias.

Cerf-volant.—A estas horas debe usted haber recibido carta, pero por si acaso, le digo: que en efecto, basta ese 0'01; que se le remite el periódico; que no recuerdo la promesa á que alude ni creo que haga falta; que le agradezco sus atenciones, y que puede usted estar seguro de que se le quiere y se le estima.

Pichón.—¡Soberbio! ¡piramidal!

«Rayo á rayo filtraba la luna
por mi bolsillo, hasta darme
en mitad del corazón
que velaba como un gendarme.»

Distingo, sin embargo. A lo mejor los gendarmes duermen en el quicio de una puerta. No hace muchos días lo vió un amigo mío á quien atracaron, y á pesar de gritar «socorro», si no es por las piernas le dejan en cueros vivos. La *vela* del gendarme se había apagado.

Clik.—No versifica usted mal, pero escoge mal los pensamientos. Las dos guindas son rancias, y la segunda, que es más picante, está tan... ¡tan manoseada! ¡Se han aprovechado tantos de este chiste!

«¡Cómo te huele el aliento!

Sea usted más original... y conforme.
Lino.—

Lino, Lino, yo lo imploro
de tu hidalga compasión...
reprime la inspiración,
y vela por tu decoro.
Que no podré resistir,

¡oh mi muy amado Lino!
tanto y tanto desatino,
como insistas, sin morir.

Y tan joven no me avengo á una muerte tan traidora... ¡y tan perra!

M. M.—No molesta usted nunca. «Mayo» no me gusta; fijese en este verso:

«Corren entre esmeraldas ríos de plata.»

Es largo; no es verso; ríos no es ni puede ser una sílaba; mi oído no la resiste. La asonancia de *esmeralda* y *plata* ayuda á la dureza. Aun esto que podría corregirse es lo de menos; en general, el concepto es vago, diluido. Lo otro bien, y se publica, y venga algo más.

J. G. R.—Muy flojo, y muy triste.

Cachete.—El que yo le daría á usted si le tuviera á mano! ¿No hay más que decir que el *onor* es verde? Aunque bien mirado puede que para usted lo sea, pues ya ha empezado á comérselo por la *hache*.

J. C. y F. (ó H).—Tendré mucho gusto en complacerle; pero antes despeje usted el incógnito. Siento horror á las iniciales y á los pseudónimos que se usan como un antifaz. ¿Por qué ocultar el nombre? Soy bastante discreto para guardar la reserva conveniente.

Uno que empieza.—Bueno, me gusta más, y se me figura que conseguirá usted vencer al cabo todas las asperezas. Queriendo auxiliarle en este trabajo, continúo mis advertencias. El verso

«Elige, pues, en un joven nuevo amante»

es largo, tiene una sílaba de más, y por tanto está mal medido. La corrección es fácil diciendo:

En un joven elige nuevo amante,

y no lo cito por eso, sino para decirle que el «pues» afea la dicción; en general las conjunciones y preposiciones se han de usar con mucha parsimonia. El verso

«Yo no sé cuales fueron sus apaños»

está bien medido: tiene las sílabas y el acento; pero es inarmónico. Además, los apaños hacen el efecto de un consonante metido como una cuña. Hay que educar el oído. Corregiré el soneto y se publicará.

El padre de los Pepicos.—Propiamente cantares no lo son... guasa tampoco. El cantar, ya lo he dicho, ¡es tan difícil, aunque parezca tan fácil! No le puedo complacer.

S. T. U.—*Benigno*.—L. L.—G. A. M.—R. R. D.: No.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

— TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.^a —

Rambla del Centro, kiosco número 3

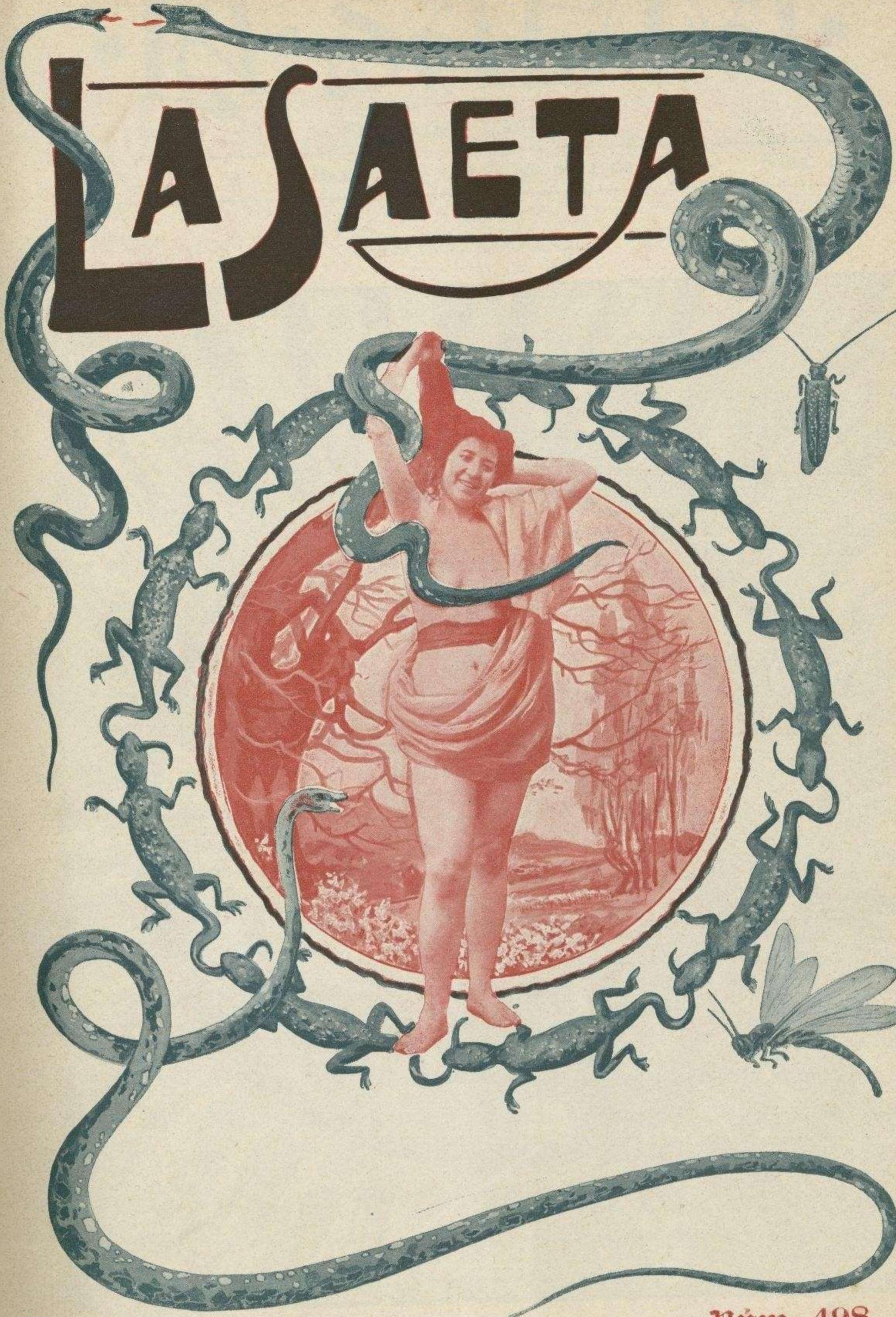
— PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN —

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





20 cents.

Núm. 498

TEA

